

January 1983

La declaración sobre la prevención de la guerra nuclear

Los Presidentes de Academias de Ciencias y Otros hombres de ciencia
Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Academias de Ciencias y Otros hombres de ciencia, L. d. (1983). La declaración sobre la prevención de la guerra nuclear. Revista de la Universidad de La Salle, (9), 85-89.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La declaración sobre la prevención de la guerra nuclear

Documento presentado al Papa por una asamblea de Presidentes de Academias científicas y otros hombres de ciencia del mundo entero reunidos en la Pontificia Academia de las Ciencias los días 23 y 24 de septiembre de 1982

A Su Santidad Juan Pablo II

- Los Presidentes de Academias de ciencias y otros hombres de ciencia del mundo entero reunidos en la Pontificia Academia de las Ciencias, desean manifestar su profunda gratitud a Vuestra Santidad por la hospitalidad generosa y la oportunidad que se les ha brindado de deliberar con plena libertad y en atmósfera de amistad sobre un problema de crucial importancia para el futuro de la humanidad: la prevención de la guerra nuclear. Las directrices de altísimo nivel moral recibidas de Vuestra Santidad a este fin, han revestido suma importancia para atraer de nuevo la atención sobre los peligros de un posible holocausto nuclear y sobre la urgencia de evitarlo.

El documento elaborado por el grupo se ha centrado sobre todo en la cuestión de la prevención de la guerra nuclear; pero más de una vez ha quedado patente en los debates que están muy extendidos en el mundo de hoy la desconfianza y la sospecha, la falta de respeto al hombre y a su dignidad, el escándalo de la pobreza, el hambre y la degradación, y enormes desigualdades. El grupo opina que urge ahondar mucho en estos problemas y que la ciencia y la tecnología deben dedicarse a orientar y atender a la humanidad en el camino hacia su plena realización y hacia la paz; y está convencido de que los recursos humanos y materiales deben ser desviados de objetivos militares y enderezados al progreso social constructivo. El grupo que se ha reunido se complacerá en acoger las indicaciones oportunas de Vuestra Santidad a través de la Pontificia Academia de las Ciencias, con el fin de que estas deliberaciones científicas, tan importantes para el bien de la comunidad, tengan desarrollo adecuado, positivo y concreto.

Reiterando nuestro sincero agradecimiento y nuestra plena convicción de que con sus directrices muchos problemas que atormentan a la humanidad puedan resolverse o aliviarse en gran parte, expresamos a Vuestra Santidad nuestra profunda admiración.

A lo largo de toda su historia, la humanidad ha tenido que enfrentarse con la guerra; pero a partir de 1945 la índole de las operaciones bélicas ha cambiado tan radicalmente, que el porvenir de la humanidad y de las generaciones futuras está en peligro. En el mismo tiempo han aumentado los mutuos contactos y los medios de comprensión entre los pueblos. Hoy la humanidad debe hacer frente a una amenaza sin precedentes en su historia, a causa de la acumulación masiva y competitiva de armas nucleares. Si los arsenales existentes se emplearan en una gran guerra, podrían provocar la muerte instantánea de cientos de millones de personas, y un número imprevisible de millones moriría a causa de varios efectos secundarios.

Por primera vez en la historia es posible provocar un desastre de proporciones tan catastróficas, que podría hacer desaparecer gran parte de la civilización y poner en peligro la misma supervivencia de ésta. La utilización masiva de tales armas podría desencadenar mutaciones ecológicas y genéticas tan graves e irrevocables, que no es posible prever su alcance.

La ciencia no es capaz de ofrecer al mundo una defensa real contra las consecuencias de la guerra nuclear. No hay ninguna posibilidad de preparar defensas suficientemente eficaces para proteger a las ciudades, ya que la penetración de un solo instrumento nuclear puede provocar destrucciones masivas.

No se prevé cómo podría protegerse a la masa de la población de un gran ataque nuclear, ni cómo podría evitarse la destrucción de los fundamentos culturales, económicos e industriales de la sociedad.

El desmoronamiento de la organización social y el número de víctimas serían de tal envergadura, que las estructuras del sector médico sólo podrían acudir a un número reducido de casos necesitados de atención médica.

Hasta el momento existen unas 50.000 armas nucleares, y algunas de ellas tienen una potencia mil veces superior a la bomba que destruyó Hiroshima. El contenido explosivo total de este armamento es equivalente a tres toneladas de TNT por habitante de la tierra. Este arsenal sigue aumentando. Además, corremos el peligro de que otras naciones adquieran armamento nuclear o desarrollen la posibilidad de fabricarlo.

Actualmente la gradación de cargas explosivas es casi continua, desde las armas nucleares más pequeñas, hasta los misiles megatónicos más destructivos. Ello aumenta el riesgo de una guerra nuclear y acrece la oscilación de la línea que separa el conflicto convencional del conflicto nuclear. Las armas nucleares no sólo son medio de disuasión, puesto que existen ya planes para su empleo táctico y su uso en caso de guerra general, y con éstos se pretende ejercer un control. La inmensidad y aumento del arsenal de armas nucleares y su amplia difusión en los ejércitos, agranda la probabilidad de usarlas en un incidente cualquiera o por error de cálculo en momentos de gran tensión po-

lítica o militar. Es grande el riesgo de que el empleo limitado de armas nucleares lleve a una guerra nuclear general.

La situación mundial ha empeorado. Crecen la desconfianza y sospecha entre las naciones. Se ha llegado a la ruptura del diálogo serio entre Este y Oeste, Norte y Sur. Fuertes desigualdades de unas naciones a otras y dentro de cada nación, ambiciones nacionales y de partido de corto alcance, y ansias de poder, todo ello es semilla de conflictos que puede conducir a un choque general y nuclear. El escándalo de la pobreza, el hambre y la degradación constituye por sí mismo una creciente amenaza para la paz.

Parece difundirse la aceptación fatalista de que la guerra es inevitable y será nuclear. En una guerra tal, nadie resultará vencedor.

La acumulación constante de conocimientos nuevos no sólo acrece el potencial de las armas nucleares, sino también el de las químicas, biológicas y convencionales. Hay motivo, pues, para temer que los instrumentos de guerra no nuclear, muy terribles ya, aumenten su poder destructivo, si no se hace nada para impedirlo.

En cambio, la sabiduría humana sigue siendo relativamente limitada en contraste dramático con la carrera de los medios de destrucción, que parece irrefrenable. Los científicos tienen el deber de impedir el mal uso de sus descubrimientos y de afirmar que el porvenir de la humanidad depende de la aceptación, por parte de todas las naciones, de los principios morales que trascienden toda otra consideración.

A causa de los derechos naturales del hombre a sobrevivir y a vivir en condiciones humanamente dignas, la ciencia debe emplearse en ayudar a la humanidad y conseguir la plenitud de vida y paz.

Ante los tremendos riesgos que hemos de afrontar, es deber de todo hombre de buena voluntad hacer frente a esta amenaza. Las demás controversias que nos preocupan cada día, sean económicas, políticas, ideológicas o religiosas, no revisten escasa importancia, pero en comparación con los peligros de una guerra nuclear parecen perder urgencia. Aminorar recelos y aumentar esperanzas y confianzas en etapas sucesivas, es deber imperioso para frenar el avance, experimentación, producción y difusión de sistemas de armas nucleares, a fin de reducirlos en la práctica a niveles inferiores con la esperanza de eliminarlos enteramente.

Para evitar la guerra y alcanzar la paz verdadera se necesita poner en acción no sólo los poderes de la inteligencia sino también los recursos de la ética, la moral y la convicción.

La catástrofe que supone una guerra nuclear puede y debe ser conjurada. En ello, a los dirigentes y Gobiernos toca una grave responsabilidad; pero la humanidad entera debe actuar para sobrevivir. Es este el desafío moral más grande que jamás haya afrontado la humanidad, y no hay tiempo que perder.

II

Ante la amenaza de una catástrofe nuclear global declaramos:

- Las armas nucleares son sustancialmente diferentes de las convencionales. No pueden considerarse instrumentos de guerra admisibles. Una guerra nuclear sería un crimen contra la humanidad.
- Es de suma importancia que no surjan conflictos armados entre potencias atómicas por el peligro de que se empleen armas nucleares.
- El uso de la fuerza para solucionar conflictos internacionales implica el riesgo de enfrentamientos militares entre potencias nucleares.
- La proliferación de armas en otros países, acrece en gran medida el riesgo de una guerra nuclear y podría llevar al terrorismo nuclear.
- La actual carrera de armamentos aumenta el riesgo de la guerra nuclear. Esta carrera debe detenerse; debe evitarse el desarrollo de armas todavía más destructivas, y deben reducirse las armas nucleares, con la meta final de llegar al desarme nuclear completo.
- Mientras existan armas nucleares, éstas deben tener por objetivo la disuasión de la guerra nuclear.

III

Reconociendo que el exceso de fuerzas convencionales aumenta la desconfianza y podría llevar a enfrentamientos con riesgo de una guerra nuclear, y reconociendo que todas las diferencias y disputas territoriales deben solucionarse con negociaciones, mediación u otros medios pacíficos, hacemos un llamamiento a todas las naciones:

- A que jamás sean los primeros en utilizar armas nucleares.
- A realizar todos los esfuerzos posibles por poner fin inmediatamente a cualquier hostilidad en el caso trágico del uso de armas nucleares.
- A adecuarse al principio de que ni la fuerza ni la amenaza de la fuerza han de emplearse contra la integridad territorial o la independencia de otro Estado.
- A reiterar y aumentar los esfuerzos en favor de acuerdos controlados, a fin de limitar la carrera de armamentos nucleares y reducir el número de bombas y vectores. Se controlarán estos acuerdos con los medios que sean más eficaces. No se puede consentir que contrastes políticos o litigios territoriales interfieran este objetivo prioritario.

— A encontrar modos y medios más eficaces para prevenir la proliferación de armas nucleares. Las potencias nucleares y, sobre todo, las superpotencias son las primeras obligadas a dar ejemplo disminuyendo el arsenal de armas y creando el clima adecuado a la no-proliferación nuclear. Además, todas las naciones tienen el deber de impedir que el uso pacífico de la energía atómica sea desviado para enderezarlo a la proliferación de armas nucleares.

— A tomar toda clase de medidas prácticas para aminorar la posibilidad de una guerra nuclear por incidente, error de cálculo o iniciativa descabellada.

— A seguir respetando los acuerdos existentes sobre la limitación de armamentos, procurando a la vez establecer acuerdos más amplios y efectivos.

IV

Y, en fin, dirigimos un llamamiento:

1) A los dirigentes nacionales para que emprendan el camino hacia la reducción del riesgo de una guerra nuclear apuntando más allá de ventajas nacionales, y excluyan todo conflicto militar como medio para resolver contrastes.

2) A los hombres de ciencia para que empleen su creatividad en mejorar las condiciones de la vida humana y, en el caso presente, apliquen su ingenio al descubrimiento de medios útiles para evitar la guerra nuclear y desarrollar modos prácticos de control de armamentos.

3) A los dirigentes religiosos y a todos los custodios de principios morales, para que proclamen con fuerza e insistencia la gravedad de los problemas humanos que están en juego, a fin de que sean plenamente comprendidos y sentidos por la sociedad.

4) A los pueblos de todos los países para que vuelvan a afirmar su profunda fe en los destinos de la humanidad e insistan en la constatación de que impedir la guerra es responsabilidad de todos, luchen contra la opinión de que el conflicto nuclear es inevitable y se afanen sin tregua por garantizar el porvenir de las generaciones futuras.